

Alexandre Grin
Cazador de ratas

Traducción de Mercedes Noriega Bosch

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.

Imagen de cubierta:

© M. Niedzwiedzki, *The building Masonic Lodge in ruins.*

Maquetación: Jacinto Martín www.elviajero.org

Título original: Крысолов

© de esta edición, 2014, Editorial Pasos Perdidos S.L.

© de la traducción, Mercedes Noriega Bosch

ISBN: 978-84-941162-5-4

Depósito legal: M-5571-214

Impreso por Lozano impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

*En el corazón de las aguas se encuentra Chillón.
Ahí, en un subterráneo, siete pilares
Vestidos con la oscura espuma de los años...*

Lord Byron, *El prisionero de Chillón*

En la primavera de 1920, precisamente en marzo, precisamente el día 22 del mes (esforcémonos al máximo por ser exactos, pues ese es el precio que hay que pagar para ser admitidos en el santuario de los documentalistas acreditados; de lo contrario, el lector de nuestro tiempo, tan exigente, sin duda acudirá directamente a las salas de redacción para informarse), fui al mercado. Fui al mercado el 22 de marzo y, lo repito, era el año 1920. Al Mercado del

Heno. Pero no podría decir en qué lugar me instalé, como tampoco recuerdo lo que contaban los periódicos aquel día. Sé que no me instalé en un rincón, puesto que estuve paseando por la calzada, arriba y abajo, entre las ruinas del mercado cubierto. Había ido a vender algunos libros, lo único de valor que me quedaba.

El frío y la nieve, que se derretía formando remolinos sobre la muchedumbre y, a lo lejos, nubes de blancos destellos, conferían a la escena un aspecto desolador. Cada rostro reflejaba el agotamiento y los mordiscos del frío. A mí tampoco me sonreía la suerte. Llevaba allí más de dos horas y solo tres personas se habían interesado por el precio de los libros; y, para colmo, les había parecido descabellado que pidiese por ellos cinco libras de pan. Mientras tanto, la noche iba cayendo poco a poco, circunstancia esta sumamente perjudicial para la venta de libros. Me subí a la acera y me quedé ahí, apoyado en la pared.

A mi derecha se encontraba una anciana ataviada con una especie de túnica y un viejo sombrero negro engalanado con perlas de vidrio. Inclinaba la cabeza de forma mecánica, y extendía sus dedos nudosos al paso de los transeúntes ofreciéndoles un par de gorros de niño, lazos para el pelo y un paquetito de cuellos de camisa amarillentos. Valiéndose de la mano que le quedaba libre, la joven que estaba a mi izquierda se cubría la barbilla con una

suave pañoleta. Su aspecto era desenvuelto, y ofrecía la misma mercancía que yo: libros. Sus pequeños escaarpines, perfectamente presentables, la caída indolente de su falda hasta los pies (tan diferente de esas ridículas sayas cortadas a la altura de la rodilla que tan de moda estaban por aquella época, incluso entre las mujeres de cierta edad), su chaqueta de paño, sus mitones mullidos como los de antes, por cuyos agujeros asomaban, desnudos, unos dedos regordetes; su manera de alzar la vista hacia los transeúntes sin sonrisa ni súplica y de bajar, a veces, sus largas pestañas, con aire pensativo, sobre los libros; su forma de sujetarlos y de gemir con un suspiro contenido cuando un transeúnte, después de echar un vistazo a sus manos y luego a su rostro, se alejaba con aire desconcertado, llevándose a la boca unas pipas de girasol... todas esas cosas me parecían extraordinariamente seductoras e incluso tuve la rara impresión de que, de alguna manera, la temperatura del mercado se había caldeado.

Mostramos interés hacia aquellos que responden a nuestra concepción del hombre en una determinada circunstancia; eso es lo que me empujó a preguntarle a la joven por la marcha de su pequeño comercio. Ella carraspeó, volvió la cabeza y posó sobre mí su atenta mirada de ojos gris azulados.

—Va como el suyo —respondió.

Intercambiamos algunas impresiones sobre la venta en general. Al principio no decía ni una pa-

labra más de las necesarias para ser comprendida. Pero un individuo de gafas azules que llevaba unos pantalones de montar a caballo le compró un *Quijote*. Entonces pareció animarse un poco.

—Nadie sabe que vengo aquí a vender libros —me dijo comunicativa, exhibiendo ante mis ojos un billete falso que el circunspecto ciudadano había deslizado entre los otros (lo agitaba distraídamente)—, aunque no vaya usted a creerse que los robo, no, los cojo de las estanterías cuando mi padre está dormido. Mi madre estuvo mucho tiempo enferma antes de morir, y tuvimos que venderlo todo, casi todo. No teníamos ni pan, ni madera, ni combustible. ¡Imagínese! Aun así, mi padre se enfadaría si llegara a enterarse de que frecuento lugares como este. Y, sin embargo, no me queda otro remedio; vengo con cosas, procurando ser discreta. Te da dolor de corazón por los libros, pero ¿qué se le va a hacer? Gracias a Dios, tenemos de sobra. ¿Usted también tiene muchos?

—N-no —dije. Me castañeteaban los dientes (ya había cogido frío y mi voz sonaba un poco ronca)—. No puede decirse que tenga muchos. En cualquier caso, es todo cuanto poseo.

Me observó con ingenua atención (la misma que despierta en los campesinos, bien atrincherados en sus isbas, la contemplación de los funcionarios de paso cuando toman el té) y, extendiendo el brazo, rozó con la punta de su dedo desnudo el cuello de mi

camisa, desprovisto de botones, lo mismo que el del gabán de verano. Los había perdido y no había vuelto a reponerlos, porque hacía mucho tiempo que ya no me preocupaba de mí mismo; había trazado una cruz tanto sobre el pasado como sobre el futuro.

—Va a coger frío —dijo ciñéndose aún más la pañoleta con un gesto maquinal, y comprendí que esta joven contaba con el amor de su padre, que era una niña mimada y algo traviesa, pero llena de bondad—. Va a coger frío si sigue paseándose así, descamisado. Acérquese un poco, ciudadano.

Con sus libros bajo el brazo se dirigió hacia el marco de una puerta cochera. Y allí, alzando la barbilla con una sonrisa embobada, le permití que accediese libremente a mi cuello. Aunque esbelta, la joven era, a todas luces, de menor estatura que yo. Para buscar aquello que necesitaba, adoptó ese aire enigmático, inexpresivo, que tienen todas las mujeres cuando recomponen el desbarajuste de su *toilette*, depositó sus libros sobre una piedra y, con un pequeño esfuerzo que hizo que se le subiera ligeramente la chaqueta, se puso de puntillas, respirando con gravedad y concentración. Después cerró herméticamente los cuellos de mi camisa y de mi gabán y sujetó los cuatro picos con un imperdible.

—Arreglado.

La joven contempló su obra con ojo crítico y dijo: ¡hum! Ya está, ya puede seguir paseando.

Lancé una carcajada, sumamente sorprendido.

Pocas veces había conocido a alguien tan natural. No creemos en la sencillez o no la vemos; o quizá solo la advertimos, por desgracia, cuando estamos desesperados.

Cogí su mano, la estreché expresándole mi agradecimiento y le pregunté cómo se llamaba.

—Podría decírselo sin más —respondió mirándome compasivamente— ¿pero de qué serviría? No vale la pena. Lo que sí puede apuntar es mi número de teléfono; tal vez un día le pida que venda unos libros por mí.

Anoté el número, contemplando risueño los movimientos de su dedo índice (había cerrado los otros) que agitaba en el aire pronunciando las cifras con tono didáctico. Después nos envolvió la muchedumbre que huía ante una redada de la policía a caballo y nos separamos involuntariamente. Yo perdí mis libros, y cuando conseguí recuperarlos, la joven había desaparecido. La alerta no había sido tan conminatoria como para obligarme a abandonar definitivamente el mercado, y unos minutos más tarde vendí mis libros a un viejecillo que, con su barba de chivo y sus gafas redondas, parecía recién salido de una obra de Andréyev.¹ Me había pagado una miseria, pero incluso esa miseria me hacía feliz.

Solo al llegar a mi casa me di cuenta de que tam-

1. Leonidas Nikoláievich Andréyev (1871-1919), escritor y dramaturgo ruso que encabezó el movimiento expresionista en su país. (N. del T.)

bién había vendido el libro en el que estaba anotado el número de teléfono que, irremediablemente, había olvidado.